

Presencia y ausencia de Morelia

El presente artículo se aparta un tanto de la dinámica expositiva establecida hasta ahora; se hablará tanto de la ciudad propiamente dicha —en este caso Morelia—, como de las azarosas vivencias de nuestra pensadora en dicha ciudad.

No puede ser de otro modo dadas las especiales circunstancias que rodearon su estancia en la capital michoacana; esto es: un espacio breve de tiempo —apenas 6 meses—, un desconocimiento total del «lugar y de sus gentes» —una pequeña ciudad colonial, no más de 25.000 habitantes, hoy más de 1 millón, de la que jamás había oído hablar— y un «pésimo» estado de ánimo —acababa de perderse la Guerra Civil y su familia y su país habían quedado rotos¹.

Hemos de pensar que éstos, entre otros muchos, han sido los motivos de la ausencia de Morelia en la obra de María Zambrano. No podemos encontrar ni un solo artículo escrito de su puño y letra dedicado explícitamente a la antigua Valladolid.

Y sin embargo sí que existen referencias puntuales², ya al final de su vida, en entrevistas,

prólogos³, o en el mismo discurso pronunciado con ocasión de la concesión del Premio Cervantes⁴, a ese lejano semestre de 1939 ¿Cabría pensar, tal vez, que Morelia sí que estuvo siempre presente en su vida? Pero, y si fuera así ¿cómo congeniar esta presencia con la ya mentada ausencia casi total y absoluta en su obra, y más en un pensamiento como el zambranio, tan apegado a la vida? ¿Y si no hubiera una tal ausencia, solo que las «reflexiones» zambranianas que han tenido como punto de referencia Morelia no han sido las concernientes a la ciudad «sensu estricto»? Confiamos en dar propuestas de contestación posibles en las líneas que siguen.

Y teniendo como punto de referencia unas fuentes directas tan «escasas», «tardías» y —permítaseme la expresión— «atípicas», la bibliografía secundaria no podía sino poseer esas mismas características: menos de media docena de artículos, algunos de ellos de amigos personales de la propia María Zambrano —como pueda ser Francisco Giner de los Ríos, por poner un ejemplo suficientemente ilustrativo—, publicados en su mayoría en Méjico, a partir de 1990⁵.

Notas:

¹ En carta fechada en 25 de julio d 1939, Calle Corregidora n°465, enviada a Federico de Onís, Zambrano describe su situación anímica de un modo que no deja lugar a dudas: «soledad trememunda, aterradora», «aislamiento casi absoluto», «aquí no llega nada de nada...».

² Hasta donde yo sé, la primera referencia escrita a la ciudad de Morelia se encuentra en el artículo «Roma ciudad abierta y secreta I y II»(1985), incluida recientemente en *Las palabras del regreso*, Amará, Salamanca, 1995, pág. 87-93.

³ Véase en este sentido el «A modo de prólogo» a *Filosofía y poesía*, en su edición de 1987, FCE, Méjico D.F., págs.7-11.

⁴ Se trata de un texto que, por las precarias condiciones físicas en que ya se encontraba nuestra pensadora, hubo de ser «dictado», con todo lo que ello pueda «significar»{...}.

Al respecto consúltese la «Cronología» de Jesús Moreno Sanz en *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil*, Ed. Trotta, Madrid, 1998, págs.54-55.

⁵ Señalo algunos de los artículos dedicados al exilio en Méjico y algunas de las entrevistas en las que sale a colación expresamente el tema que nos ocupa:

Giner de los Ríos, F.: «Recuerdos de María Zambrano y su destierro en Méjico», *Philosophica Malacitana*, IV, 1991, págs.143-152.

*Lo más creador de esta cultura llamada cultura occidental ha sido la ciudad*⁶.

Se ha dicho, tal vez con parte de razón, que la filosofía de María Zambrano es más del tiempo, del ritmo, del número —de la poesía, en definitiva—, que del espacio, del lugar, del «centro». Y sin embargo tanto la ciudad con sus «centros», como «los claros del bosque», son un punto de reflexión recurrente en el pensamiento de nuestra autora. Ya en 1928, por tanto entre sus primeros escritos, encontramos el artículo «La ciudad ausente», premonitorio de lo que habrán de ser sus posteriores reflexiones al respecto. Lugares «aparentemente» tan dispares como Madrid, la Habana, Roma, París o Segovia serán objeto de filosofar zambrano durante más de 40 años.

Decimos «tan aparentemente dispares», porque a tenor de las reflexiones de la discípula de Ortega todas ellas guardan algo en común: «ser ciudades verdaderas». No me extenderé en comentarios respecto a qué sea para Zambrano «una ciudad verdadera»; pero no me resisto a hacer una recapitulación, casi telegráfica, de algunas descripciones que aparecen bajo el título «Pensar la ciudad», porque creo pueden ayudar a contextualizar la misma reflexión sobre Morelia:

Se ha hablado de «ciudades reales —y yo añadiría «reales verdaderas»— como «marcos de referencia abstractos que representan la integridad humana. La ciudad, también, como «frontera»⁷, «límite» entre la persona y el animal, esto es:

la ciudad como ámbito de transcendencia, de libertad (pues que sólo el hombre necesita trascenderse constantemente, el animal nace ya por completo). En fin, la ciudad como «referente que permite al hombre reconocerse como persona»⁸... Tengámoslo pues presente.

II) PRESENCIA DE MORELIA.

«Y corre el agua por el acueducto que Fray Antonio de San Miguel construyó en el siglo xvii para matar el hambre de agua; y trajo de no se sabe donde un gris atajo de camellos con virgen agua fría{...}. Y esta lluvia que alimenta las fuentes, hoy ya solamente ceremoniales, colocadas en puntos estratégicos{...}».

La ciudad es una alfombra de baldosas con su cielo siempre empedrado. Una ciudad de paso. Un decorado de vía romana surcado de palacios. Un escenario para el de las montañas que la limitan: al norte unas lomas que se confunden con el horizonte, el bajío moreliano; y siempre la sombra del Quinceo, un volcán apagado que contempla con nostalgia los muros pompeyanos{...}. Cuando evocamos las larguísimas obras de las arcadas del acueducto, el Palacio Clavijero, Santa María que fue asentamiento de los indios fundadores de Ixapa la vieja, la Catedral y ese incólume edificio del Colegio de San Nicolás que lleva en pie más de cuatro siglos coincidimos en destacar su luz, el reflejo de la misma sobre las piedras como un soplo de pan de oro{...}»⁹.

Molina, C. A.: «La presencia de María Zambrano en Morelia», *El Centavo*, 149, Morelia, 1990, págs.5-7.

Lemus, S.: «María Zambrano, una pensadora en español», *El Centavo*, 149, Morelia, 1990, págs.9-12.

Bernárdez, M. y Toledo, A.: «María Zambrano, exilio y claridad», *Proceso (Seminarario de información y análisis)*, n°746,, 1991, 18 de febrero de 1991, págs.59-59.

Peralta, B.: «Como un sueño Méjico está en mi horizonte: Zambrano», *La Jornada*, 25 de abril de 1989.

Flores, M.: «En la facultad de Filosofía y letras de la UNAM recordó Fernando Sabater a María Zambrano», *El Nacional*, 13 de febrero de 1991, pág.11.

Cabe también señalar las referencias puntuales, de la propia Zambrano, a la capital michoacana, en formatos poco habituales como son: la grabación homenaje a *María Zambrano*, en la colección «Voz y textos», Ministerio de Educación y Ciencia; o el video *María Zambrano*, en la colección «Autores Contemporáneos Españoles», n°10, Ministerio de Cultura, Dirección General del Libro.

⁶ «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España sueño y verdad*, Siruela, 1994, pág.163

⁷ En este sentido consúltese el apartado «Los signos naturales» en *Claros del bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1977, págs.107-108.

⁸ «La ciudad es lo que más se acerca a la persona, a ser a modo de una persona {...}. Tiene figura, rostro, fisonomía {...}. Es un espacio abierto e íntimo {...}: «Un lugar de la palabra: Segovia», incluido en *España, sueño y verdad*, Siruela, Madrid, 1994, pág.163.

⁹ «La presencia de María Zambrano en Morelia», en *El Centavo*, n°149, Morelia, págs.5,6,7.

a) «iCierra los ojos (...):»

Sirva esta extensa cita de Cesar Antonio Molina, moreliano viejo conocedor de la obra de María Zambrano, como sucinta descripción del paisaje de Morelia; pero también —sobre todo— como posible punto de partida, para cerrar los ojos por unos instantes, y acompañarme en un breve ejercicio imaginativo que establezca una hipotética contraposición entre las ciudades castellanas (y sus elementos: la piedra, el agua, el fuego, la luz), conocidas y descritas por nuestra autora, y la nueva Valladolid. Recurriré, para este «ejercicio imaginativo», a la comparación con alusiones y fragmentos breves de «Un lugar de la palabra: Segovia»¹⁰:

1- En ambas encontramos la inevitable catedral, las múltiples iglesias y conventos, lugares de fe a uno y otro lado del océano. Esa «fe en la ciudad, desgraciadamente perdida por el hombre occidental actual», con la que se inicia el mentado artículo de nuestra pensadora. Refiere María Zambrano, ya al final de su vida, como uno de sus recuerdos más fuertes el de «los domingos, por la tarde —cuando— acudían los indios, los inditos, a una especie de lugar sagrado en el que dos olivos en otros tiempos sostenían en un travesaño una campana. Era su campanario y a determinada hora oían la campana invisible de Don Vasco de Quiroga convocándoles. Se congregaban en corro y arrodillados rezaban en silencio sus oraciones {...}»¹¹.

2- Las fuentes y los caminos de agua: arroyos, ríos y, por fin, el acueducto —«casi un organismo viviente», a los ojos de la niña María—. El líquido elemento es siempre consustancial a la ciudad, a su manera de ser, a su naturaleza, a su forma y «metabolismo» ¿Cómo? «Dándose a ver

y a sentir como agente de vida y orden; vida y orden en sí misma»¹².

3- Y en ambas la luz: Juego de sombras en los palacios, cielo siempre empedrado, las lomas, el Quinceo y el bajío moreliano: la luz con sus múltiples matices. «Una luz especial que asiste a ciertas veras ciudades —Toledo, Segovia, Madrid, Salamanca—; una luz que sólo allá se da, que conserva su identidad a través de innumerables ciclos de variaciones; una luz que, como es vida, tiene su pasión y que llega a las cosas de una cierta manera»¹³.

b) «(...) Y sueña!»:»

En una de las muchas hermosas plazas morelianas —la Plaza del Jardín de las Rosas— podemos encontrar una escultura de Miguel de Cervantes «frente a frente» con Don Vasco de Quiroga. Y es que Michoacán es tierra de «sueños», de «ciudades ideales», de empeños quijotescos. También los sueños, que llegaron del otro lado del océano, encontraron aquí acomodo. Por eso, qué mejor que permanecer aún con los ojos cerrados para ver el paisaje de la «otra» meseta —la meseta moreliana— y el lago de Patzcuaro, a cuyas orillas quiso Don Vasco fundar la ciudad de «Utopía». Y como contrapunto, a tiro de piedra, también la «terrenal», la «castellana» villa de nueva Valladolid¹⁴.

Y como Michoacán es tierra de sueños, otro soñador, Vázquez Pallarés —Rector de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo— quiso hacer de la pequeña Morelia un centro cultural de primer orden, tal y como ya sucediera en el siglo XVIII, tras la expulsión de los jesuitas. Y para ello firmó en 1939 un convenio con la Casa de España en

¹⁰ El objeto de esta comparación no es otro que el de hacernos una composición de lugar de manos de un moreliano, que sea, a la vez, lo más zambranianiano posible; ello, naturalmente, a falta de una completa descripción de la propia Zambrano al respecto. Ni que decir tiene que las semejanzas que aquí se recogen no redundan en perjuicio de la propia y original «personalidad» (valga la expresión) de la propia Morelia.

¹¹ «La presencia de María Zambrano en Morelia», en *El Centavo*, 149, Morelia, Pág.7.

¹² «Un lugar de la palabra: Segovia», en «España, sueño y verdad», Siruela, Madrid, 1994, pág.167.

¹³ *Ibíd*, pág.165.

¹⁴ Podemos encontrar una descripción similar, en palabras de la propia María Zambrano, en *Filosofía y poesía*, FCE, México D.F., introducción a la edición de 1987, pág.9.

Méjico —la actual Casa de Méjico— que permitiría traer «académicos de excelencia» para impartir cursos y seminarios en esta universidad; así: Isaac Costero, Juan de la Encina, Luis Recasens Siches, Enrique Díaz Canedo, José Giral, Gonzalo Cafera, José Gaos, Puig Villena, Fernando de Buen, Ramón Xirau, Juan López Durán, Adolfo Sánchez Vázquez, María Zambrano y un larguísimo etcétera. «Este país que es España —nos dice Zambrano— estaba viviendo como una flor en un jardín y llegó esa barbarie tremenda que fue la Guerra Civil»¹⁵.

Y puestos a soñar también soñó otro insigne moreliano, el Presidente Lázaro Cárdenas, que inventó —junto al inefable señor Rector— una universidad de primavera (la Universidad de Primavera Vasco de Quiroga) con el ánimo de descentralizar la educación superior y acabar con la incomunicación del interior de Méjico. En aquella primera edición los protagonistas fueron los mismos de nuevo: la flor y nata de la intelectualidad española, probablemente por aquellos entonces más prolija y excelsa que nunca. «La universidad de primavera —nos dice Teresa Cortés Zabala— puso a Michoacán ante los ojos del mundo»¹⁶.

Pero Michoacán es tierra de sueños, de «sueños fugaces», los que convienen a la truculenta historia de Méjico... En 1940 obtuvo la presidencia el general Félix Ireta y, obviamente, la política educativa y cultural fue otra.

Si «{...}una verdadera ciudad es un espejo donde se mira la historia no solo en lo que fue, sino más todavía, en lo que estuvo a punto de ser, en lo que hubiera sido si los procesos históricos no fuesen interrumpidos en su punto mejor»¹⁷; si una verdadera ciudad es eso, desde luego entonces Morelia tiene que serlo.

III) AUSENCIA DE MORELIA

Mas si, como parece, Morelia es «ciudad verdadera» ¿a qué el silencio de Zambrano? Podría responderse sencillamente que el hecho de que Morelia sea «ciudad verdadera» posibilita la reflexión zambraniana, pero de ningún modo obliga a ella; y que por tanto esa ausencia es eso: mera ausencia. Pero podría pensarse también que esta ausencia no es en realidad tal, al menos no de un modo absoluto, sino que las reflexiones que de ella parten no son fácilmente identificables de entrada ¿Por qué? A mi juicio, sencillamente porque son reflexiones sobre el exilio¹⁸; ese exilio que se inició prácticamente en Morelia, ese exilio que sintió allí como en ningún otro sitio, ese exilio, en definitiva, que marcará ya para siempre su pensamiento de un modo determinante. Es común denominador a gran número de testimonios recogidos, entre los exalumnos de Zambrano en aquel lejano 1939, el señalar el lamento desgarrado de nuestra pensadora por la España perdida. A la salida de clase solía María platicar con los alumnos mientras tomaba un café y España era el punto obligado de referencia. Cuenta el Dr. Cer-

¹⁵ «María Zambrano, una pensadora en español», en *El Centavo*, n°49, Morelia, pág.10.

¹⁶ Cortés Zavala, T.: *Lázaro Cárdenas y su proyecto cultural en Michoacán*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 1995, pág.134.

Sobre este punto resulta de extraordinario interés el artículo de Gerardo Sánchez «España peregrina. Los transterrados en la Universidad Michoacana», en *Presencia universitaria (Selección de textos)*, Morelia, Michoacán, Méjico, 1993.

También merece la pena reseñar, por la extraordinaria valía del testimonio, el libro de Adolfo Sánchez Vázquez *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, Grijalbo, México DF, 1991. Sánchez Vázquez, al parecer (según testimonios de «exalumnos»), compartió con Zambrano casa de huéspedes en Morelia, sita en una plaza aldeaña a la catedral, propiedad de otro español.

¹⁷ «Un lugar de la palabra: Segovia», en *España, sueño y verdad*, Siruela, Madrid, 1994, pág.169.

¹⁸ Como todos sabemos las reflexiones zambranianas sobre el exilio son abundantes y dilatadas a lo largo del tiempo. Desde «Españoles fuera de España», *Hora de España*, Valencia, 1937, n°7, págs. 155-158, hasta el «Discurso conmemorativo del premio Cervantes», en *María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1989, transcurre prácticamente medio siglo reflexionando sobre este motivo, que se instituye así en central en su pensamiento. Algunos de dichos artículos y monografías están recogidos en la información bibliográfica. Existe una edición del mentado Discurso en *Ediciones Casa Natal de Morelos*, Morelia (con una breve introducción del Prof. Reyes, colaborador habitual de esta Institución y gran conocedor del pensamiento de Zambrano), cuya referencia bibliográfica completa desgraciadamente no podemos facilitar.

vantes —uno de estos exalumnos¹⁹— que «una mañana, mientras la profesora impartía clases, sonó un petardo en el pasillo —travesuras de juventud, dice—; la clase hubo de ser interrumpida porque Zambrano padeció un ataque de histeria».

Esta intensa experiencia vital de exilio efectivo recién estrenado, en una ciudad como Morelia —tierra de sueños, como ya dije— donde la experiencia del «fracaso» es tan palpable, sin duda debió de remover la conciencia de la pensadora andaluza hasta el final de sus días. Podría interpretarse quizás en este sentido el citado discurso de María Zambrano en la entrega del Premio Cervantes, algunos fragmentos del cual voy a reproducir aquí aunque sea de una manera apresurada: «Seguidme hasta una hermosa ciudad de México, Morelia, cuyo camino no busqué sino que él mismo me llevó a ella, igual que a tantos otros españoles recién llegados del destierro. Allí me encontré yo, precisamente a la hora en que Madrid —mi Madrid— caía bajo los gritos bárbaros de la victoria. Fui substraída entonces a la violencia al hallarme en otro recinto de nuestra lengua, el colegio de San Nicolás de Hidalgo, rodeada de jóvenes y pacientes alumnos. Y, ajena desde siempre a los discursos, ¿sobre qué pude hablarles aquel día a mis alumnos de Morelia? Sin duda alguna, acerca del nacimiento de la idea de libertad en Grecia»²⁰.

Tras este evocador comienzo se extiende el discurso, como no podía ser de otro modo, en profundas digresiones sobre el «fracaso» que yo simplemente me limito a poner sobre la mesa: «El fracaso en el que aparece la máxima medida del hombre, lo que el hombre tiene tan desprendido de todo mecanismo, de toda fatalidad{...} Lo que en el fracaso queda es algo que nada ni nadie pue-

den arrebatarnos {...} —es— la garantía de un renacer más completo»²¹.

BREVE ESCOLIO: EL SUEÑO DEL INDIO:

Y si se habla del fracaso no puede faltar una referencia al más insigne de los fracasados: Don Quijote de la Mancha —tan presente también en Morelia como ya sabemos—; y con él a su sempiterno fiel amigo Sancho Panza; y a ese su echarse al camino bajo la «luz reveladora del alba».

Paseando por el mercadillo aledaño a la catedral se puede encontrar algún indio Tarasco, ataviado con su indumentaria tradicional, que expone sus artesanías al turista curioso. En esos menesteres se hallaba el que estas líneas escribe, ejerciendo de «turista curioso», escudriñando entre una pléyade de figuras y motivos propios de aquellas latitudes. Una de ellas llamaba poderosamente la atención, se trataba de «una talla del fracaso» (queremos decir de aquello que quizás mejor lo representa): Don Quijote y Sancho Panza. Ángulos rectos, talles alargados, según el canon indígena, daban silueta a estos personajes como si siempre hubiesen estado presentes en estas lejanas tierras. No deja de sorprender esta aceptación y adaptación, esta «simbiosis», permítaseme la expresión, de las mentadas figuras literarias, tan entrañablemente castellanas, por personas que apenas si conocían la lengua de Cervantes.

Una vez más, El Quijote estaba presente en Morelia, los indios Tarascos también soñaban. Tal vez el bueno de Don Vasco tenga algo que ver...

¹⁹ El manuscrito M-349 contiene una carpeta de apuntes sobre los cursos impartidos en Morelia y, posteriormente, en La Habana. En él podemos encontrar un listado comentado de sus alumnos (C. Vitier, o García Marruz, por ejemplo) en la ciudad caribeña; pero, desgraciadamente, no sucede otro tanto con sus alumnos en la capital michoacana.

En este sentido me permito señalar la posibilidad, corroborada por el profesor de historia de la Universidad de Morelia Alejandro Maldonado y por el profesor Xabier Tabera -cronista de la ciudad-, de que exista aun el correspondiente documento administrativo que dé la relación de los alumnos oficiales de la pensadora española en aquel lejano 1939.

²⁰ «Discurso conmemorativo de la entrega del Premio Cervantes», en *María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1989, pág. 53-54.

²¹ *Ibíd.*, pág. 54.